

## EL DESFILE DE LA VICTORIA

### Antonio Gómez Rufo

El viejo tren, destartado y asmático, entró lentamente en la estación de Atocha. Pasaban siete minutos de las nueve y media de la mañana. Cuando al fin se detuvo, un hombre descendió sin prisas con una maleta pequeña en la mano y los ojos desconfiados y despiertos: era Ernesto Bacigalupe, que llegaba a Madrid catorce años después de terminar la guerra civil española con el único objetivo de matar a Franco.

Olía a lluvia reciente y a muchedumbre seca. En sus oídos crecieron risas nerviosas, aspavientos, aullidos exagerados y unos silencios de llanto emocionado que no quiso detenerse a ver para que tampoco nadie se parara a mirarlo a él. Apresurado y tortuoso, haciéndose a empujones un pasillo hasta la salida de la estación, anduvo atropelladamente el andén hasta entrar en el vestíbulo y traspasar después las cristaleras que se abrían a una mañana gris y húmeda replegada sobre sí misma, y que ponía al descubierto una ciudad silenciosa y triste como aquellas que creía haber dejado olvidadas atrás, al norte.

Ernesto Bacigalupe tampoco se detuvo a mirar el cielo: nada más salir al exterior, se subió el cuello de la chaqueta, hizo un leve gesto de asentimiento al primer mozo que se le acercó ofreciéndole pensión y taxi y, sin volver la cabeza, le siguió por donde quiso llevarlo. Adentro quedaron el hormiguero humano en un vestíbulo descuidado (alicatado de azulejos cuarteados y sucios, cenefas desconchadas de flores y mostradores de madera podrida) y los ojos imperturbables de un hombre flaco con gabardina que se aseguró el sombrero antes de salir corriendo a la calle y subir a un coche negro con matrícula de Sevilla que esperaba con el motor en marcha y con otro hombre flaco al volante que tampoco sabía sonreír.

Tal vez fuese viernes porque algunas mujeres de luto vendían flores blancas en la acera de enfrente al Museo del Prado, a espaldas de una iglesia ante la que estaba formada una hilera muda de penitentes que ocupaba la manzana entera con el fin de llegar a besar los pies del Cristo de Medinaceli, según le explicó el taxista. Viernes, tal vez, porque la primera espada de sol se hizo un hueco entre las nubes y la luz fue creciendo desde el este, como para darle la bienvenida y quitarle los miedos. Pero Ernesto no tuvo ánimos ni ocasión para apreciar el obsequio: se llevó la mano a la cara y no pudo evitar expresar un gesto de dolor agudo. Sacó una petaca del bolsillo trasero del pantalón, se echó un poco de coñac en la boca y se lo mecía entre las muelas, bañándolas, manteniendo el buche mientras sentía un escozor leve en la piel interior de la boca y el lento adormecimiento de toda la zona, donde más fuerte era el dolor. Luego se tragó el licor y carraspeó.

- ¿Necesita un dentista? -le preguntó el taxista, que no había dejado de mirarlo durante todo el tiempo que tardó en enjuagarse.

- ¡No! -contestó airado Ernesto, descubriendo los ojos del conductor enmarcados en el espejo retrovisor.

El taxista hizo un gesto de desagrado, sin entender el exabrupto; y enfiló en silencio la calle de Alcalá en dirección a la avenida de José Antonio, dejando a un lado la fuente de Cibeles, donde las carcajadas de agua chapoteaban sobre el reino de piedra gris de la diosa y sobre sus

leones eternos, fieros de gesto pero muertos también de miedo, como el espejo fiel de una ciudad vencida.

Un día le dijeron que un pueblo que no sabe matar a sus demonios merece vivir con ellos. Pero Ernesto Bacigalupe no podía o no quería admitirlo; prefería pensar que había pueblos que no abrían los ojos porque no conocían el sol, sólo el refulgor de los fusiles, y que el suyo no era culpable: hacía demasiado tiempo que el sol de la placidez no había derramado una sola gota sobre España. Y el destino le había reservado a él la misión de poner fin, de una vez por todas, a tan perverso prodigio.